

## LA COMUNIDAD CRISTIANA

### AL SERVICIO DEL HOMBRE

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. ***La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos.*** La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia. (GS 1)

*La Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*, del Concilio Vaticano II, comienza con este proemio maravilloso. Todo lo humano ha de encontrar eco en el corazón de los discípulos de Cristo Jesús, pues el Padre envió al Verbo en la carne, para darnos a conocer su amor por el mundo, que estamos llamados a vivir y actualizar (cf. GS 45).

Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. (Jn 3, 16-17)

La comunidad cristiana está integrada por hombres y mujeres que peregrinan en Cristo hacia el Padre. Peregrinación que debe llevar a cabo en profunda solidaridad con el la humanidad entera. El Concilio insiste cómo la Iglesia en su peregrinar debe anunciar a todos la buena nueva del Evangelio. La encarnación redentora hace presente el reinado de Dios frente a los poderes del mal. La evangelización es cuestión de justicia y amor. Jesús resucitado nos sigue enviando al mundo para hacer discípulos de todos los pueblos de la tierra. Y esto debe llevarlo a cabo la comunidad cristiana bajo la acción del Espíritu de la verdad y libertad. No es lo mismo hacer prosélitos de una religión y discípulos de Jesucristo. Hoy existen muchos grupos que confunden evangelización con captar prosélitos. Y esto se nota en cómo para ciertas personas las prácticas religiosas adquieren un carácter absoluto, así como en la formación de grupos replegados sobre ellos mismos.

Al inicio de esta meditación, juzgo oportuno recordar lo que Jesús denunciaba sobre este punto. «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que viajáis por tierra y mar para ganar un prosélito, y cuando lo conseguís, lo hacéis digno de la gehenna el doble que vosotros!» (Mt 23, 15) El discípulo vive abierto a la novedad de la Palabra viva de Dios, se deja conducir por el Espíritu a la verdad plena a través de los acontecimientos de la historia y el discernimiento en la comunión apostólica. El prosélito, por el contrario, vive aferrado a una doctrina, a la repetición de unas prácticas y normas de conducta, como expresión de su conversión y adhesión a un grupo religioso e ideológico, donde lo afectivo tiene, por lo general, una gran importancia. El prosélito tiende a replegarse y ser excluyente. El discípulo del Evangelio está abierto a la verdad venga de donde venga, es una persona católica en el sentido profundo del término. Católico significa universal, esto es, «según la totalidad» o «según la integridad». El verdadero discípulo lejos de replegarse está en una actitud de búsqueda y discernimiento en la comunión apostólica.

La comunidad de los discípulos, como enseña el proemio de la Constitución pastoral, se halla **reunida en Cristo y guiada por el Espíritu en su peregrinar hacia el Padre**. Una comunidad formada por personas liberadas por Cristo para la libertad. Viven por el Espíritu y caminan tras el Espíritu (cf. Gal 5, 1ss). La comunión apostólica, lejos de ser uniformidad y repliegue, se expresa en la diversidad de dones y carismas, para comunicar a todos la buena nueva del Evangelio de Dios.

La Iglesia quiere dialogar con el mundo, en la actual encrucijada, cada vez más compleja. No para imponerse, sino para ofrecerle las riquezas de la fe y esperanza de que es portadora, ante la búsqueda de los hombres y mujeres del planeta. Desea hacerlo desde la solidaridad y una actitud de servicio. La gracia recibida del Señor quiere ponerla al servicio de la humanidad.

El Concilio, testigo y expositor de la fe de todo el Pueblo de Dios congregado por Cristo, no puede dar prueba mayor de solidaridad, respeto y amor a toda la familia humana que la de dialogar con ella acerca de todos estos problemas, aclarárselos a la luz del Evangelio y poner a disposición del género humano el poder salvador que la Iglesia, conducida por el Espíritu Santo, ha recibido de su Fundador. Es la persona del hombre la que hay que salvar. Es la sociedad humana la que hay que renovar. Es, por consiguiente, el hombre; pero el hombre todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad, quien será el objeto central de las explicaciones que van a seguir.

Al proclamar el Concilio la altísima vocación del hombre y la divina semilla que en éste se oculta, ofrece al género humano la sincera colaboración de la Iglesia para lograr la fraternidad universal que responda a esa vocación. No impulsa a la Iglesia ambición terrena alguna. Sólo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido. (GS 3)

Para llevar adelante «esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio... Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza». (4) Y el Concilio constata «una verdadera metamorfosis social y cultural, que redundaba también en la vida religiosa». Hoy se habla de cambio de época. Las mutaciones, en efecto, son cada vez más profundas y aceleradas. Todo ello obliga a estar muy atentos, para ver cómo afecta a las personas. Es necesario caminar en diálogo con el mundo.

En este sentido conviene ser lúcidos y tener memoria histórica. Las crisis de crecimiento siempre provocan una cierta desestabilización en los valores culturales. Entre angustias y esperanzas los hombres y mujeres de todos los tiempos se han interrogado sobre la evolución del mundo. Es un gran desafío ante el cual no podemos eludir nuestra responsabilidad.

Las mutaciones son profundas en el mundo científico, en el orden social, en las maneras de pensar, en la vivencia de la psicología y de los valores morales y religiosos. Junto a los desequilibrios de nuestro mundo, se dan las aspiraciones de una humanidad que busca dominar lo creado, con el fin de que cada persona y grupo pueda afirmar y cultivar su propia dignidad.

Pero aquí surgen las grandes cuestiones. Es necesario clarificar qué entendemos por el hombre, su dignidad y plena realización. Por ello afirma el Concilio: «No faltan, por otra parte, quienes desesperando de poder dar a la vida un sentido exacto, alaban la insolencia de quienes piensan que la existencia carece de toda significación propia y se esfuerzan por darle un sentido puramente

subjetivo». (10) Y de aquí que la constitución pastoral aborde en primer lugar cuál es en realidad la verdadera dignidad de la persona humana, tal se nos ha revelado en el Hombre perfecto que es Jesucristo. He aquí la fe confesada por el Concilio:

Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro. Afirma además la Iglesia que bajo la superficie de lo cambiante hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en Cristo, quien existe ayer, hoy y para siempre. Bajo la luz de Cristo, imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, el Concilio habla a todos para esclarecer el misterio del hombre y para cooperar en el hallazgo de soluciones que respondan a los principales problemas de nuestra época. (GS 10)

## I.- LA VOCACIÓN DEL SER HUMANO.

El Concilio, consciente que el Espíritu Santo conduce al Pueblo de Dios en la fe, buscó comprender mejor cómo las aspiraciones, expectativas y esperanzas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo concordaban con la revelación divina, esto es con «la esperanza que no defrauda». «La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre». Y para evitar equívocos, los padres conciliares precisaban cómo la respuesta de la fe «hará ver con claridad que el Pueblo de Dios y la humanidad, de la que aquél forma parte, se prestan mutuo servicio, lo cual demuestra que la misión de la Iglesia es religiosa y, por lo mismo, plenamente humana». (GS 11) La misión de la Iglesia, en última instancia, consiste en servir «la dignidad y vocación propias del hombre», «de todo hombre», «de todo el hombre».

Dios creó, convocó al ser humano a la existencia, a su imagen y semejanza. Varón y mujer los creó. La igual dignidad de la persona y la diferencia hacen posible el diálogo del amor. La comunión y la alteridad hacen a la persona, que es, ante todo, relación al otro. En Cristo Jesús se revela plenamente el misterio de Dios y la sublime vocación y misión del hombre creado a su imagen y semejanza, como atestigua la fe bíblica, más allá de las antropologías y de las diferentes corrientes psicológicas y sociológicas, elaboradas por la razón humana.

En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, pues, que todas las verdades hasta aquí expuestas encuentren en Cristo su fuente y su corona.

El que es *imagen de Dios invisible* (Col 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado. (GS 22)

Dios no creó al hombre en solitario, sino como comunión de personas. Es un ser social y necesita de los demás para desarrollarse. No es la autonomía la que dignifica y realiza a la persona, sino la

relación y el diálogo de amor. El pecado es ruptura de alianza; y alejando al hombre de la fuente de la vida, que es Dios, lo conduce a la muerte. Esta es la verdad que necesitamos tener siempre presente. En Cristo Jesús, vencedor del pecado y de la muerte, tenemos el camino a seguir si queremos vivir nuestra dignidad y vocación de personas. «El que sigue a Cristo, Hombre perfecto, se perfecciona cada vez más en su propia dignidad de hombre». (GS 41) El hombre Jesús es el camino de la Iglesia. A él debemos seguirlo en su relación con su Padre, con los hombres sus hermanos, con el mundo y con él mismo. La vivencia de estas cuatro relaciones hacen al hombre perfecto. La persona se realiza en la relación.

### ***1.- La relación con Dios.***

Lo que constituye al hombre en su dignidad filial es la relación con el Padre. La dignidad nos viene dada. El Hijo eterno es consciente que recibe todo y en todo momento del Padre. Él es engendrado en la eternidad. Y por ello todo lo del Padre es suyo. El Padre y el Hijo son uno en el Espíritu.

Jesús, «el hombre perfecto», se realiza en la comunión y obediencia. Aún siendo Hijo debió aprender la obediencia, como recuerda la carta a los Hebreos. En la dependencia filial se realiza el hombre verdadero. Y así el Verbo encarnado se presenta como el camino a seguir por la Iglesia.

La vocación del hombre no es otra que la unión con Dios, vivida en la comunión y obediencia filial. Dios nos creó para la libertad y no la sumisión propia del esclavo. Cristo Jesús nos liberó para la libertad. Pero muchos prefieren vivir de acuerdo con la carne, en lugar de hacerlo en el Espíritu de Cristo, que clama en el hombre: «Abba, Padre».

#### ***La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios.***

Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y sólo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador. Muchos son, sin embargo, los que hoy día se desentienden del todo de esta íntima y vital unión con Dios o la niegan en forma explícita. Es este ateísmo uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo. Y debe ser examinado con toda atención. (GS 19)

Dios creó al hombre para un destino feliz; pero este destino se halla situado más allá de los muros de la enemistad que los hombres, tentados por la mentira de Satanás, levantamos con nuestra pretendida autonomía. Por ello el concilio dice:

La Iglesia afirma que el reconocimiento de Dios no se opone en modo alguno a la dignidad humana, ya que esta dignidad tiene en el mismo Dios su fundamento y perfección. Es Dios creador el que constituye al hombre inteligente y libre en la sociedad. Y, sobre todo, el hombre es llamado, como hijo, a la unión con Dios y a la participación de su felicidad. Enseña además la Iglesia que la esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio. Cuando, por el contrario, faltan ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas -es lo que hoy con frecuencia sucede-, y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar, llevando no raramente al hombre a la desesperación. (GS 21)

Y luego el concilio traza la misión de la Iglesia. A ella le «toca hacer presentes y como visibles a Dios Padre y a su Hijo encarnado con la continua renovación y purificación propias bajo la guía del Espíritu Santo. Esto se logra principalmente con el testimonio de una fe viva y adulta, educada para

poder percibir con lucidez las dificultades y poder vencerlas». En efecto, el camino del Hombre nuevo, tal como se he revelado en el Hijo encarnado supone estar atentos a la acción del Espíritu, que trabaja ya en todo hombre y lo va conduciendo a la Pascua del Hijo.

Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual.

Este es el gran misterio del hombre que la Revelación cristiana esclarece a los fieles. Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad. Cristo resucitó; con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida, para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: *Abba!, ¡Padre!* (GS 22)

Por ello el Concilio, después de invitar a los «ateos» a que consideren sin prejuicios el Evangelio de Cristo, afirma:

La Iglesia sabe perfectamente que su mensaje está de acuerdo con los deseos más profundos del corazón humano cuando reivindica la dignidad de la vocación del hombre, ***devolviendo la esperanza a quienes desesperan ya de sus destinos más altos.*** Su mensaje, lejos de empequeñecer al hombre, difunde luz, vida y libertad para el progreso humano. Lo único que puede llenar el corazón del hombre es aquello que "nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti". (GS 21)

## ***2.- La relación con los hombres.***

«Y el Verbo se hizo hombre». La carta a los Romanos afirma cómo Dios «enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, condenó el pecado en la carne, para que la justa exigencia de la ley se cumpliera en nosotros, los que no actuamos no de acuerdo con la carne, sino de acuerdo con el Espíritu». (Rom 8, 3-4) Hecho de mujer, hecho bajo la ley, como enseña la carta a los gálatas (cf. 4, 4-7), el Hijo de Dios vivió en la historia una solidaridad total con nosotros sus hermanos, hasta la entrega de su propia vida. En perfecta comunión con el amor del Padre, existió como «el hombre para los demás». En esto consiste el dinamismo auténtico de quien vive en el Espíritu de Cristo.

La perfecta obediencia filial al Padre y la solidaridad inquebrantable con los hombres, son las señas, por otra parte, de su sacerdocio único. Aquí radica la clave de la dignidad sacerdotal, profética y real del pueblo peregrino de la esperanza. La Iglesia, como el Cuerpo de Cristo que es, existe en el mundo para dar testimonio del Evangelio de la gracia divina. Ella no debe olvidar el dinamismo de la gracia. Pablo se lo recordaba así a la comunidad: «Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza». (2Cor 8, 9). El himno de la carta a los filipenses, proclama que el Hijo «se hizo uno de tantos». Jesús dijo a sus discípulos: he vino a servir y no a ser servido. Un servicio que incluye el don de la vida. El Buen Pastor da la vida por sus ovejas. Es la expresión de un amor insondable, divino.

En todo compartió las pruebas y dificultades de la existencia del hombre en la historia. En todo menos en el pecado. Con razón, como ya hemos visto, el Concilio enseña: «El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre».

El camino de la Iglesia en la historia, si quiere ser fiel a su vocación y misión en el mundo, no puede ser otro que el del Hombre perfecto, Cristo Jesús. Su amor revelado hasta el extremo en la

cruz de Cristo abatió el muro de la enemistad entre judíos y gentiles, «para crear, de los dos, en sí mismo, un único hombre nuevo, haciendo las paces». (Ef 2, 15) La Iglesia aparece así como una nueva creación, fruto del amor insondable de Dios. Y, por tanto, está llamada a irradiar el agapé en el mundo entero. Un amor que sólo puede irradiarse desde la condición del siervo manso y humilde de corazón, del que no vocea por las plazas y lleva a cabo el derecho en el silencio y con tenacidad, como el propio Jesús nos mostró de palabra y obra (cf. Mt 11, 28-30; 12, 9-21)

El Verbo eterno haciéndose carne, uno de los nuestros, nuestro hermano, nos muestra cómo en él estamos llamados a ser hermanos y prójimos de cuantos necesiten ayuda, para andar el camino de su vocación y misión en el mundo, de acuerdo con el designio de Dios.

### ***3.- La relación con lo creado.***

La relación del «hombre nuevo» con lo creado arranca del acontecimiento de este acontecimiento de gracia: Y el Verbo, por quien todo fue hecho, se hizo carne». Él nos reveló que todo lo creado por el Padre es bueno y hermoso Y que el Padre providente cuida de los pájaros y de sus hijos... etc. Dios confió lo creado al cuidado y cultivo del hombre.

La carta a los efesios, por otra parte, revela cómo Dios dio «a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo, en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra». (Ef 1, 9-10)

Jesús en «el sermón del monte» enseña el camino a seguir en nuestra manera de situarnos ante los bienes de la creación. No podemos servir a Dios y al dinero. Por ello hemos de poner nuestra confianza en el Padre que cuida de los pájaros del cielo y de los lirios del campo. Jesús sigue cuestionando nuestra poca fe y nos dice una vez más:

No andéis agobiados pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Los paganos se afanan por esas cosas. Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura. Por tanto, no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le basta su desgracia. (Mt 6, 19-34)

Jesús no niega la importancia del trabajo. Pablo recordaba que quien no quiera trabajar que no coma; pero nos exhorta a vivir nuestra relación con lo creado como peregrinos de la esperanza. Lo creado es don de Dios, ofrecido a todos. Nadie puede, por tanto, poner su corazón en los bienes de este mundo, sino en el Creador. Es el camino para una relación correcta con lo creado. El hombre no es dueño y señor déspota de lo creado, sino usufructuario de los bienes de la tierra. Por ello debe cuidarla y cultivarla de acuerdo con el designio del Creador, tal como se ha revelado en el Verbo hecho carne; de ahí brota la verdadera solidaridad y comunión fraterna.

La carta a los colosenses recuerda cómo todo las cosas fueron creadas en Cristo, por Cristo y para Cristo.

Él es imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles. Tronos y Dominaciones, Principados y Potestades; todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él. Él es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo. Porque en

él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por él y para él quiso reconciliar todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz. Vosotros, en otro tiempo, estabais también alejados y erais enemigos por vuestros pensamientos y malas acciones; ahora en cambio, por la muerte que Cristo sufrió en su cuerpo de carne, habéis sido reconciliados para ser admitidos a su presencia santos, sin mancha y sin reproche, a condición de que permanezcáis cimentados y estables en la fe, e inamovibles en la esperanza del Evangelio que habéis escuchado: el mismo que se proclama en la creación entera bajo el cielo, del que yo, Pablo, he llegado a ser servidor. (Col 1, 15-20)

#### ***4.- La relación con uno mismo.***

El Verbo encarnado vivió su existencia entre los hombres, algo que ciertas espiritualidades tienden en nuestros días a olvidar, como un combate permanente consigo mismo. Su carne, semejante a la del pecado, como expresa la fe apostólica, pasó por la prueba y la tentación como la nuestra; pero ella, a diferencia de la nuestra, salió vencedora del poder del pecado. La carta a los hebreos, lo pone de relieve con estas significativas palabras: «No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado. Por eso, comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno». (Heb 4, 15-16)

Los evangelios nos ofrecen algunos de los combates de Jesús. En Nazaret, estando sujeto a sus padres, aprendió ya el camino de la obediencia. Así «Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres». (Lc 2, 51-52). El hijo del carpintero trabajaba para ganar el pan con el sudor de la frente, obedeciendo a la condición humana.

En el desierto, sostenido por el Espíritu, venció la tentación, asumiendo con determinación la senda empinada del Siervo. Ante la familia que pensaba que lo creía fuera de sí, afirmó: mi madre, hermanos y hermanas son los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen. Pedro quiso apartarlo del camino fijado por el Padre y Jesús le reprendió ante los demás discípulos: tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres. Su combate en Getsemaní y el madero de la cruz es inigualable. Su carne, semejante a la nuestra, se resistía a caminar en la oscuridad de la noche de la fe. Los planes y caminos de Dios son tan elevados y luminosos para la carne débil asumida por el Hijo, que sólo sostenido por el Espíritu eterno, puedo entregarse a ellos la carne sostenida por el Espíritu de la verdad y santidad. Así lo recuerda un texto sorprendente a la vez que luminoso de la carta a los hebreos:

Si la sangre de machos cabríos y de toros, y la ceniza de una becerria, santifican con su aspersion a los profanos, devolviéndoles la pureza externa, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, para que demos culto al Dios vivo! (Heb 9, 13-14)

La persona humana no puede ignorar, si quiere cultivar su vocación divina, que la existencia en la carne es un combate a vivir en la oscuridad de la fe el plan de Dios, que se revela progresivamente en lo concreto de la existencia. La victoria no es obra de nuestras fuerzas, sino de la gracia, de la acción del Espíritu de la verdad en nosotros. Jesús hizo esta advertencia a Pedro en Getsemaní: «Simón, ¿duermes?, ¿no has podido velar una hora?: Velad y orad para no caer en la tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es débil?» (Mc 14, 37-38) Por debilidad, Pedro le negó tres veces. Luego, sostenido por el Espíritu, salió contento del Sanedrín de haber sufrido ultrajes por el nombre del Señor. (cf. Hch 5, 41) Y sellará el anuncio del Evangelio del Reino con su martirio.

La carne es débil y frágil. Es necesario velar y orar, para que sostenidos por el Espíritu podamos avanzar por el camino angosto y empinado que lleva a la vida sin ocaso. El pueblo peregrino de la esperanza debe tener presente lo que dice el Señor:

Entrad por la puerta estrecha. Porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos entran por ellos. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida! Y pocos dan con ellos. Cuidado con los profetas falsos; se acercan con piel de oveja, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se cosechan uvas de las zarzas o higos de los cardos? Así, todo árbol sano da frutos buenos; pero el árbol dañado da frutos malos. Un árbol sano no puede dar frutos malos, ni un árbol dañado dar frutos buenos. El árbol que no da fruto bueno se tala y se echa al fuego. Es decir, que por sus frutos los conoceréis. No todo el que me dice “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Aquel día muchos dirán: “Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre y en tu nombre hemos echado demonios, y no hemos hecho en tu nombre muchos milagros?”. Entonces yo les declararé: “Nunca os he conocido. Alejaos de mí, los que obráis la iniquidad”. (Mt 7, 13-23)

## II.- VOCACIÓN Y MISIÓN DE LOS INSTITUTOS SECULARES,

Para comprender la vocación y misión de los Institutos Seculares en este marco de «la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual», resulta interesante recordar unas palabras de Pablo VI dirigidas al Congreso mundial de los Institutos en el 1976. Son de la máxima actualidad para llevar a cabo la misión de nuestro carisma.

Si permanecen fieles a su propia vocación, los Institutos Seculares serán como el “laboratorio experimental” en el que la Iglesia verifique las modalidades concretas de sus relaciones con el mundo. Por esta causa, los Institutos Seculares deben escuchar, como dirigida sobre todo a ellos, la llamada de la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*: «Su tarea primera... es el poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo. El campo propio de su actividad evangelizadora es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas».

Esto no significa, evidentemente, que los Institutos Seculares, en cuanto tales, deban encargarse de estas tareas. Normalmente esto corresponde a cada uno de sus miembros. El deber, por tanto, de los Institutos mismos es formar la conciencia de sus miembros en una madurez y en una apertura que les impulse a prepararse con un gran celo en la profesión elegida, con el fin de afrontar después con competencia y con espíritu de desprendimiento evangélico el peso y las alegrías de las responsabilidades sociales hacia las que la Providencia les oriente. (Pablo VI al congreso mundial de los IS, 25 agosto 1976)

### 1.- *Escuchar y ver el mundo con los ojos y oídos de la fe.*

Los oídos y ojos de la fe van más allá de la superficie de la realidad, o de los diagnósticos propios de los estudios de la sociología o la psicología, aun cuando los valoren. El creyente sabe descubrir cómo el Señor ama y se hace presente en la realidad concreta de la historia.

A través de la oración y la contemplación los miembros de los IS están llamados a descubrir la presencia de Dios en la historia. La fe nos dice que el Espíritu no cesa de actuar en el corazón de las personas y de nuestro mundo. El Creador es también el Señor de la Historia. La fuerza del reino de



Dios ha penetrado en la historia y lleva la humanidad a su plenitud. El campo donde se ha de desarrollar la evangelización es el mundo en sus diferentes dimensiones.

Por ello la formación en los IS debe cultivar de manera especial la mirada y escucha teologal de la fe. Y esto no es lo mismo que una simple mirada moralizante de la realidad, determinando lo que es positivo o negativo de acuerdo con unos principios culturales, aun cuando estén como revestidos de una cierta religiosidad.

Juan Pablo II, en el programa pastoral para el actual milenio, escribió, hablando de las nuevas formas de pobreza que vive nuestro mundo: «El cristiano, que se asoma a este panorama, debe aprender a hacer su acto de fe en Cristo interpretando el llamamiento que él dirige desde este mundo de la pobreza». (NMI 50) Es interesante notarlo. El Papa nos invita así a ir más allá del simple juicio moral, de ver si esto está bien o mal, sino del escuchar a qué nos llama el Señor desde el mundo de la pobreza. Por el Papa comentando la parábola de Jesús sobre el juicio de las naciones afirma:

Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse: « He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado que beber; fui forastero y me habéis hospedado; desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme » (Mt 25,35-36). Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia. (NMI 49)

Para avanzar en esta perspectiva, es claro que debemos evitar actuar como activistas en el mundo. Nuestra acción debe brotar de la escucha y la contemplación del Señor que conduce la historia de la humanidad hacia su plenitud. En la séptima morada, según dijo santa Teresa, Marta y María deben caminar unidas. Es la condición para ser signos de la Iglesia, «sacramento universal de salvación», llamada a dialogar con el mundo, a fin de de actualizar el amor de Dios por el mundo, tal como se reveló en Cristo Jesús. Él fue enviado en una carne a semejanza de la del pecado, para salvar lo que estaba perdido. La misión del Hijo amado es un no rotundo al pecado, pues el pecado hace esclavos, y un sí incondicional a los pecadores, esto es a los que son esclavos del pecado. Él no vino a buscar a los justos, sino a los pecadores. El médico lucha contra la enfermedad, para salvar al enfermo, al que está bajo el poder de la enfermedad.

## ***2.- Ayudar a hombres y mujeres a descubrir su vocación y misión en el mundo.***

Toda existencia personal es vocación y misión. Por ello la misión de la Iglesia ni puede ni debe limitarse a socorrer las carencias de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Su misión es atender el desarrollo integral de toda la persona humana, para que pueda vivir de acuerdo con su vocación y misión.

Cuando contemplamos cómo Jesús evangelizaba, esto es, anunciaba y hacía presente el reino de Dios con sus palabras, acciones y pascua, descubrimos cómo tiene en cuenta la totalidad de la persona. Lejos de hacer dependientes a las personas, las ponía en pie, para que anduviesen el camino. Toma tu camilla y anda. El que quiera seguirlo debe cargar con su cruz cada día. Pide por

Pedro, pero no le dispensa de pasar por la prueba. A todos pide conversión y fe, para que asuman su responsabilidad en lo concreto de la historia. Él no hacía personas dependientes, sino libres.

Jesús formaba a sus discípulos para la prueba, sin anular la libertad de unos y otros. Oraba por los Doce que el Padre le había confiado. Alertó a Pedro y a Judas; pero no trató de convencerlos con sermones piadosos. Él sabía respetar y acompañar el camino de unos y otros. Creía que el plan de Dios se cumplía. Esto es muy bello, pero muy exigente. Aprendamos a ser educadores a la luz del hacer de Jesús con la muchedumbre y las personas, incluidos los Doce.

### ***3.- Servidores de la esperanza y las esperanzas de las personas.***

Es evidente que estamos llamados a trabajar como «peregrinos de la esperanza», para que todas las personas puedan andar en la esperanza. En este sentido se nos pide apoyar las esperanzas legítimas de las personas, culturas y pueblos; pero siempre desde la perspectiva de la esperanza que no defrauda. De otra forma, mucho me temo, que no contribuyamos al cultivo de su vocación y misión en el mundo.

Las pequeñas esperanzas, que todos añoramos en nosotros, deben estar confrontadas con estas palabras que Jesús dirigía a sus discípulos:

Entonces dijo a los discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará. ¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla? Porque el Hijo del hombre vendrá, con la gloria de su Padre, entre sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según su conducta. En verdad os digo que algunos de los aquí presentes no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del hombre en su reino». (Mt 16, 24-28)

En esta perspectiva en nuestras comunidades debemos ayudarnos a cultivar nuestras pequeñas esperanzas, pero siempre como estímulo para encaminarnos hacia la esperanza que no defrauda. Y esto comporta una actitud de profundo discernimiento personal y comunitario. Seamos conscientes que la mundanidad nos tienta sin cesar a unos y otros en el camino.

Jesús permaneció en la santa pobreza y en la cruz hasta el último suspiro, pues había puesto su esperanza en el Padre. Y esto mismo estamos llamados a vivir de acuerdo con el don del Señor. Es el camino para servir la esperanza de nuestro pueblo.

### ***4.- La alegría del servicio desde el último lugar***

Para terminar esta meditación quiero recordar las palabras de Jesús dirigidas a sus discípulos después de lavarles los pies. Son palabras inefables si las vivimos con la ayuda de su Espíritu.

Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis. En verdad, en verdad os digo: el criado no es más que su amo, ni el enviado es más que el que lo envía. Puesto que sabéis esto, dichosos vosotros si lo ponéis en práctica. (Jn 13, 12-17)

Los grandes de este mundo no conocen la fuente de una alegría inagotable, la del servicio desde el último lugar. Jesús ha querido revelárnosla. Además quiere darnos su gracia, para que la podamos cultivar. Y esto tanto en el mundo como en nuestras comunidades eclesiales. Pero no debemos de olvidarlo, sobre todo en nuestros equipos y comunidades, que el servicio desde el último lugar debe ser mutuo. Jesús nos da así el santo y seña de lo que debe ser su comunidad de discípulos en el mundo. Amarse mutuamente con su mismo amor, comporta servirse mutuamente con sencillez y humildad de corazón.

Pidamos para que nuestros Institutos, y en ellos cada uno de nosotros, avancemos por el camino, esto es, en Jesucristo, con él y como él.